

Nicasio Salvador Miguel. *Isabel la Católica. Educación, mecenazgo y entorno literario*. Colección Historia y Literatura. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2008. 269 pgs. ISBN: 9788496408609 8496408604.

Reviewed by Adelaida Cortijo Ocaña
Slippery Rock University (Pennsylvania)



El rigor y la autoexigencia a la hora de aquilatar el dato son marca de particular ceca de este prestigioso profesor de la Universidad Complutense. Muestra rotunda de que la verdad me asiste es *La poesía cancioneril. El "Cancionero de Estúñiga"*, Madrid: Alhambra, 1977, libro publicado en un momento en que se ignoraban demasiados datos sobre los trovadores castellanos del Medievo tardío, como también sobre los libros que transmiten sus versos y la poética de que se servían. Y sin embargo todo lo escrito ahí mantiene su vigencia, en particular sus fichas biográficas, de solidez asombrosa; de hecho, a ellas volvemos en la seguridad de que no erramos, como a ellas retornan quienes, sin razón, han osado corregir alguno de sus datos o cuantos, por mero despiste, han hecho propuestas supuestamente novedosas que en realidad estaban ya en el cuerpo del texto o en una nota.

Este es el método de quien aquí aduce parte de los materiales con que habrá de construir la biografía definitiva de Isabel la Católica, un ensayo con un marcado énfasis en los ingredientes de signo cultural y literario, una investigación que abunda en noticias relativas a ella y sólo a ella, junto a otras extrapolables a la propia casa real u otras casas nobiliarias, aunque siempre en atención a mujeres de alta alcurnia, en palacios o cenobios como los de Calabazanos y Astudillo, con todo lo que ello puede significar para el desarrollo del teatro religioso en el siglo XV (de hecho, esta es una pista lanzada por el propio profesor Salvador Miguel, que trabaja sobre ella en la actualidad). Al abrir este volumen de atractivo formato, tenía la convicción de que había de encontrarme con tales virtudes académicas, y no me he equivocado.

Que en este libro no sólo está activo el prurito del historiador más riguroso sino la sensibilidad textual del filólogo que observa a rajatabla los principios básicos de su oficio es algo manifiesto en al menos tres sentidos. En primer lugar, es lo que se desprende del hecho de que, desde el mismo título, su autor enfatice los aspectos relativos a la historia cultural española; en segundo término, esa impresión la refuerza su sensibilidad respecto de los documentos de que se sirve, que le lleva a enmendar a más de un editor o a releer pasajes malinterpretados; en fin, un tercer valor añadido de naturaleza eminentemente filológica es su voluntad de estilo, que se percibe en los títulos de trabajos anteriores (en los que se sirve de términos como *marbete* o *balumba*, cuyo significado conocemos gracias precisamente a él) y en cada una de sus líneas (*mechar*, *tórculo*, *alifafe*, *tengo para mí que...*). Cuando uno lee a Nicasio Salvador, lo reconoce, y esto es algo que, a mí personalmente, me encanta; de hecho,

lo mismo puedo decir de Dámaso Alonso, de Eugenio Asensio, de Francisco Rico o, en lengua inglesa, de Yakov Malkiel. La pericia del profesor Salvador Miguel logra que una materia árida y, en momentos, dura de roer atrape al lector. En ese sentido, mucho debe este maestro madrileño a otro lejano que, a su vez, se formó leyendo a Ovidio: me refiero al Arcipreste de Hita, hábil al ponderar las distintas partes de su obra. No es casualidad, como digo, que el profesor Salvador Miguel se iniciase en la investigación con Juan Ruiz, como confiesa en el prefacio de una reedición de la obra (Madrid: Alhambra, 1987, 58): “En mayo de 1968, mientras me rompía los codos preparando los últimos exámenes universitarios, con vistas a finalizar la Licenciatura en Filología Románica, salía de las prensas mi primera edición modernizada del *Libro de buen amor*”.

Selección en los contenidos y celo extremo en la expresión: ahí radica la doble fórmula del Arcipreste. En una especie de comunión en la distancia, el profesor Salvador Miguel sabe equilibrar la materia, compensando lo que puede resultar tedioso con otros pasajes sabrosos de verdad; a ello, le da el toque definitivo, que no es otro que su palabra, acompañada de los colores retóricos precisos. Ello, por ejemplo, le sirve para realzar el brillo de un capítulo tan ameno como el que se ocupa del matrimonio, y más particularmente al divorcio, de Enrique IV, cuya lectura recomiendo a cualquiera que me haya seguido hasta este punto. A ese lector le aseguro que aprenderá mucho y disfrutará aun más con un episodio que nada tiene de anecdótico y que se incardina fuertemente en la biografía de Isabel, pues en él sale a relucir la virilidad frente a cualquier duda (justo lo contrario de la supuesta impotencia que le habría impedido engendrar a la princesa Juana) de su medio-hermano.

Desde Diego de Clemencín hasta el presente, varios investigadores han abordado la relación de Isabel la Católica y la literatura en un sentido amplio (en fecha reciente, y con tino, lo han hecho Ángel Gómez Moreno, Teresa Jiménez Calvente o Ana Rodado Pérez). Dada la voluntad comprensiva del género biográfico y considerada la gran importancia del asunto, no extraña que al mismo aludan con mayor o menor detenimiento las semblanzas que fueron viendo la luz en torno al quinto centenario de la muerte de doña Isabel (como las de Tarsicio de Azcona, Luis Suárez Fernández, Alfredo Alvar Ezquerro...). Comitente en numerosas ocasiones, otras destinataria de piropos en composiciones lírico-narrativas (de naturaleza etopéyica, pero también prosopográfica, lo que explica que la belleza de la reina acabase por convertirse en un asunto recurrente), a menudo exaltada en versos de naturaleza épica y espíritu mesiánico, omnipresente en dedicatorias que hablan de una nueva edad de oro (lo que refuerza esa misma dimensión salvífica, como han apuntado Ángel Gómez Moreno y Teresa Jiménez Calvente, “Entre edenismo y emulatio clásica: el mito de la Edad de Oro en la España de los Reyes Católicos”, Silva. Estudios de Humanismo y Tradición Clásica, 1 (2002): 113-40, donde se hacen eco de otros estudios previos, particularmente los de Juan Gil) y poseedora de una formidable biblioteca, la relación de Isabel la Católica con los libros y la cultura de su época estaba pidiendo a gritos una visión de conjunto, un status quaestionis como el que tengo en mis manos.

En primer término, este libro es el complemento necesario a la edición –que, sin riesgo de ninguna clase, podemos considerar definitiva– de los inventarios de libros de la reina, labor esta llevada a término por Elisa Ruiz (Los libros de Isabel la Católica. Arqueología de un patrimonio escrito, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2004). Aparte, se aprovecha para profundizar en aspectos silenciados por la mayoría de la crítica, a pesar de que algunos de ellos resultan obvios; no obstante, lo son sólo una vez identificados y estudiados, como hace aquí el profesor Salvador Miguel al recordar que Isabel manejaba con soltura el portugués materno en su círculo privado, que pronto pasó de silabear con los psalterios y las tabulae a zambullirse en la espléndida biblioteca de los Trastámara, o que, desde niña, se vio arropada por un potente aparato propagandístico, en el que a la literatura le cupo parte principal.

Antes, se ha recreado el ambiente por medio de sucesos que marcaron el siglo XV español, como la muerte de don Álvaro de Luna, que no consiguió para Juan II lo que lograrían los Reyes Católicos: someter a una alta nobleza levantisca y amenazante. El poder, claro está, no les vino de aquellos mismos a los que descabezaban sino del clero reformista, de una caballería henchida de orgullo tras tanta y tanta victoria militar dentro y fuera de la Península, de unos servidores de la cosa pública que ahora recibían la formación precisa en universidades remozadas o de nueva planta, de una intelectualidad que puso su pluma al servicio de la casa real y de unos artistas que proclamaron la hegemonía española gracias a los Reyes Católicos. La biografía del genovés Cristóbal Colón se antoja ajena por completo a la infancia de Isabel de Castilla; sin embargo, la importancia del personaje, la magnitud de su hallazgo y su encuentro futuro con la reina justifican su incorporación a este volumen.

Lo digo con plena convicción: ni hagiografía, por ajena a nuestro oficio, ni invectiva, por rancia e igualmente extraña a lo que somos y hacemos; ni panegíricos en clave patriótica, ni dicterios en razón de la política interior o exterior española, pues son planteamientos que pecan de puro anacronismo y de una simpleza y cortedad de miras impropias de un discurso histórico bien articulado. Isabel la Católica merece otro enfoque distinto, coincidente con el que le da el profesor Salvador Miguel en el primer volumen de la que, en mi opinión, acabará siendo trilogía y formará un conjunto de lectura obligada. Sé de buena tinta que, en paralelo, este medievalista ha montado una estructura perfecta por medio de proyectos de investigación y tesis doctorales que dirige personalmente, con lo que apenas quedará un cabo por atar. Así, en el presente, sus discípulos se ocupan del mecenazgo nobiliario y eclesiástico, de Diego de Valera, Hernando del Pulgar, Fray Hernando de Talavera, el Cardenal Cisneros... En atención a las infantas, me consta que está llevando a cabo una operación semejante a la realizada con el príncipe don Juan, con Fernando de Aragón o, gracias a este libro y los que vaya entregándonos en un futuro próximo, con Isabel de Castilla. Atentos estaremos a tales novedades.